

Seminario Concordia  
 C. Cerro 5  
 1633 J. L. Suárez

# Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

## CONTENIDO :

	Página
La Doctrina de las Sagradas Escrituras . . .	1
¿Todavía Misión? . . . . .	15
Homilética . . . . .	21
El Observador . . . . .	26
Sabía Vd.? . . . .	34
Bosquejos para Sermones . . . . .	35

Publicado  
 por  
 La Junta  
 Misionera  
 de la  
 Iglesia  
 Evangélica  
 Luterana  
 Argentina

Seminario Concordia  
 C. Correo 5  
 1655 J. L. Suárez  
 Bs. As. - Arg.

# Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.

Editor: Fr. Lange.

Núm. 33

Primer Trimestre - 1962

Año 9

## LA DOCTRINA DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

La afirmación de que la Biblia es la Palabra de Dios, reconocida todavía hace dos siglos como verdad indiscutible, ya no encuentra tal firma aprobación por las diversas iglesias cristianas. Podemos analizar el panorama actual por la significativa nota contenida en el número 22 del año pasado de la Revista "Evangelisch-Lutherische Kirchenzeitung" donde se lee: "Gewisz wird von seiten der Lutherischen Kirche-Missourisynode die alt-orthodoxe Inspirationslehre heute in eindrucksvoller Weise vertreten" lo que puede ser traducido así: Es cierto que la antigua, ortodoxa doctrina de la inspiración está representada actualmente de una manera impresionante por la Iglesia Luterana - Sínodo de Misuri." El autor quiere decir que esta posición que se caracteriza por la doctrina de la inspiración plena o verbal de las Sagradas Escrituras ya no encuentra muchos partidarios.

En los primeros siglos después de la Reforma se defendía con tanto énfasis la doctrina de la inspiración divina de la Biblia porque los luteranos consideraban las Escrituras como la única regla y fuente de doctrinas en contra de la Iglesia Católica Romana que además admitía y declaraba como fuente y autoridad de doctrinas cristianas también la tradición y la infalibilidad del papa, y contra las sectas que se apoyaban en revelaciones particulares de las que afirmaban que las habían recibido directamente por el Espíritu Santo. Aunque Lutero no fue el primero que destacó la verdad de las Sagradas Escrituras como la única fuente y regla de doctrinas — antes de él ya lo enseñó Guillermo de Occam en el siglo catorce y muchos monjes eruditos de la orden de los agustinos a que pertenecía Lutero y que

Esta disertación fue leída ante la Asamblea General Ordinaria de la I.E.L.A. reunida en Aldea San Juan, Entre Ríos, los días 7-13 de febrero de 1962.

aplaudían entusiastamente a Lutero en sus primeros años de lucha — fue sin embargo Martín Lutero el hombre que supo dar la respuesta a la pregunta por qué las Escrituras deben ser la autoridad verdadera y exclusiva en la Iglesia de Jesucristo. Su respuesta fue que solamente las Sagradas Escrituras revelan a Cristo y que solamente ellas presentan el Evangelio del perdón, vida y salvación. Por eso Lutero establece en los Artículos de Esmalcalda, una de las confesiones de la Iglesia Luterana, la regla clara que él llama un mandamiento divino: “Un artículo de fe, lo puede instituir la Palabra de Dios pero nada ni nadie más, ni siquiera un ángel.” No menos categórico es otro de nuestros libros simbólicos, la Fórmula de la Concordia, que en el Preámbulo al Epítome declara lo siguiente: “Creemos, enseñamos y confesamos que la única regla y norma según la cual todas las doctrinas juntamente con los que las enseñan deben ser estimados y juzgados, son exclusivamente las Escrituras proféticas y apostólicas del Antiguo y Nuevo Testamento, como está escrito en el Salmo 119:105: “Lámpara es a mis pies tu Palabra, y lumbrera a mi camino”; y como escribe el apóstol San Pablo, en Gálatas 1:8: “Aunque un ángel del cielo os anunciare otro evangelio, sea anatema!” De este modo se conserva la distinción entre las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento por una parte y otros escritores por la otra, y las Sagradas Escrituras solas permanecen el único juez, regla y norma según la cual, como la única piedra de toque, han de ser discernidas y juzgadas todas las doctrinas, para determinar si son buenas o malas, verdaderas o falsas.”

A esta conclusión concisa, llamada “el principio formal de la Reforma”, llegaron Lutero y los autores de las Confesiones Luteranas porque estaban firmemente convencidos de que las Sagradas Escrituras son desde el principio hasta el fin la Palabra de Dios. Porque son la Palabra propia de Dios pueden y deben ser la única fuente y regla de las doctrinas de la fe y de la vida cristiana. Si esto no fuese correcto, deberíamos buscar reglas o fuentes adicionales para conocer la verdad, sea la razón humana, o la voz de la Iglesia o la decisión papal. En épocas siguientes los teólogos no sólo del campo luterano sino también calvinistas estudiaron y aclararon más detalladamente el problema cómo y de qué manera las Escrituras pueden ser la Palabra de Dios, si en realidad fue escrita por hombres y si no puede

negarse que desde la caída de Adán todos los hombres están sujetos al error. La respuesta fue que las Escrituras son la Palabra de Dios porque fueron inspiradas por el Espíritu Santo quien guió a los escritores sagrados en toda la verdad. Esta doctrina de la inspiración divina como base de la doctrina de las Sagradas Escrituras encontró su formulación, que podríamos llamar completa, en el período de la ortodoxia, por Martín Chemnitz, que refutó el Concilio Tridentino, Juan Gerhardt, Hollaz, A. Calow y otros. Desde entonces se había afianzado grandemente la autoridad de las Escrituras que no necesita ningún apoyo porque su inspiración divina garantiza su origen divino.

Pero en el siglo pasado y el actual ya no se observa la misma firmeza, y generalmente ya no se admite que las Escrituras son idénticas con la Palabra de Dios, sino que se piensa y se predica que la Biblia contiene partes que son divinas y otras que son humanas, y que es la tarea de la ciencia teológica distinguir las unas de las otras. Casi nadie se atreve a confesar que es partidario de la doctrina de la inspiración verbal, y está de moda ridiculizar tal doctrina. Si nosotros la sostenemos lo hacemos no porque quisiéramos repetir maquinalmente, sin reflexionar, lo que dijeron los padres de la reforma. Les seguimos porque expresan claramente lo que las Escrituras sostienen de sí mismas, y este testimonio de las Escrituras es lo decisivo. Estar seguro en este sentido y tener una firme convicción no es solamente un asunto de los teólogos, sino de toda la iglesia y de todas las congregaciones que la forman; y por eso lo tratamos también en nuestras asambleas oficiales tomando a pecho la exhortación de San Pedro que dice: "Tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones" (2. Pedro 1:20).

Este hermoso texto introduce uno de los pasajes más claros sobre la doctrina de las Sagradas Escrituras, donde a continuación leemos: "Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo." San Pedro dice aquí con toda claridad que los autores

del Antiguo Testamento, llamados hombres santos, fueron impulsados por el Espíritu Santo, a hablar y escribir sus palabras, las que por ser inspiradas debían servir como antorcha a sus contemporáneos y a todas las generaciones venideras. Fue el Espíritu Santo el que les dio las palabras para su mensaje escrito y oral. Y esto se aplica a todo el mensaje del Antiguo Testamento, como lo confirma San Pablo diciendo con respecto al Antiguo Testamento: "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2. Tim. 3:16-17). Jesús sostiene el mismo criterio, diciendo con respecto a una sola palabra del Antiguo Testamento, la palabra "dioses", que "la Escritura no puede ser quebrantada" (Juan 8:35) y concluyendo que "hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley" — así llama él al Antiguo Testamento — "hasta que todo se haya cumplido". (Mat. 5:18). Los profetas saben que las palabras que tienen que dirigir al pueblo no son las suyas, sino que las han recibido de Dios. Dios mismo lo revela a Jeremías diciéndole: "He aquí: he puesto mis palabras en tu boca." Por eso los profetas pueden enfrentarse resueltos y valientemente con reyes y príncipes proclamándoles: Así dice el Señor. La palabra de Dios les da poder (Miq. 3:8). "La palabra es vuestra vida" (Deut 32:47). La palabra humana es vacía, pero la palabra divina "no vol verá sin fruto" (Is. 55:11) sino que obra siempre. Jeremías ha sido puesto sobre las naciones. Por la palabra, Dios está obrando. "Por tanto los he tajado por los profetas, los he muerto con los dichos de mi boca". La palabra permanece para siempre. Dios da un camino a su palabra, y allá obra aunque todo lo demás caiga en ruinas. La palabra corre veloz como un mensajero para traer una noticia (Hab. 2:1-3).

¿Qué evidencia tenemos de que también el Nuevo Testamento es inspirado divinamente? En primer lugar podemos citar el hecho de que sus autores son enviados por Jesús como mensajeros y embajadores suyos. Antes de subir al cielo, Jesús les dijo: "Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío" (Juan 20:21). Para que puedan ser sus representantes y embajadores les promete el Espíritu del Padre: "Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué habla-

reís; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros" (Mat. 10:19-20). Así el Señor les aseguró que la más completa inspiración dirigiría su lengua en los momentos más difíciles de su ministerio. El Espíritu que es dado a los apóstoles, es un espíritu de verdad: "Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce, pero vosotros le conocéis, porque mora en vosotros y estará en vosotros" (Juan 14:16-17). Aún más completa es la promesa en Juan 16:13: "Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir". Y después destaca el principal objetivo de todo el mensaje apostólico y cristiano (v. 13): "Él me glorificará, porque tomará de lo mío, y os lo hará saber". Rohnert en su libro: "Die Inspiration der Schrift" comenta que "estas promesas del Señor garantizan perfectamente no sólo la apropiada y adecuada presentación de la divina verdad de la salvación, sino también una infalible fidelidad histórica al recordar los hechos ocurridos y una habilidad de tener visiones proféticas y de predecir eventos futuros como el Espíritu los hizo pronunciar." Todas las promesas del Señor están resumidas en Sus últimas instrucciones dadas en el día de Su ascensión a los apóstoles: "Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalem, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hech. 1:8).

Los apóstoles y evangelistas, autores de las distintas obras del Nuevo Testamento, estaban plenamente convencidos de que tales promesas de Jesucristo se cumplían en la persona de ellos. Cuando actuaban lo hacían compenetrados de la idea de que estaban llenos del Espíritu Santo; y esta firme convicción la transmitían también a sus oyentes o lectores. Por eso San Pablo constata en su epístola a los Tesalonicenses (1. Tes. 2:13): "Cuando recibisteis de nosotros la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios." Algo más tarde el apóstol escribe a los cristianos de Corinto: "Lo cual también

hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu." No podemos pasar por alto el significativo detalle de que *las palabras* del apóstol fueron enseñadas por el Espíritu. Esto se refiere tanto al mensaje oral como al escrito. Ambos están en un mismo nivel. Ambos traen la misma palabra de Dios. San Juan escribe en su primera epístola: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida . . . lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os *escribimos*, para que vuestro gozo sea cumplido." Así la proclamación oral y el mensaje escrito por los apóstoles están colocados en el mismo nivel. Porque los apóstoles están tan seguros de su fundamento, siendo ellos embajadores de Cristo, exigen de sus oyentes y lectores obedientes oídos para su mensaje. San Pablo escribe: "Ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios" (1. Cor. 2:4, 5). Sin duda los apóstoles reclaman para su mensaje la misma autoridad que se da a las obras de los profetas y de todo el Antiguo Testamento. Esto resulta claramente de Rom. 16:25-27: "Al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe", o del conocido pasaje Ef. 2:20: "edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas . . ." donde el apóstol pone a los apóstoles en primer lugar. Por causa de todos estos testimonios, a los que podrían agregarse muchos más, no podemos hacer menos que aceptar que la inspiración del Nuevo Testamento está tan asegurada como la del Antiguo. Los dirigentes espirituales de la iglesia primitiva, es decir de los primeros siglos de la era cristiana, los que generalmente se llaman padres apostólicos, lo reconocen al citar de igual manera de los libros del Antiguo como del Nuevo Testamento, refiriéndose a los libros de los profetas

como de los apóstoles como a autoridades en asuntos de doctrinas. Puesto que en toda la Biblia, desde la primera página hasta la última, Dios está hablando con nosotros, nos corresponde como única posición posible la que se encuentra en las palabras de Samuel: "Habla, porque tu siervo oye".

Ya que consta que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento según el testimonio de las Escrituras mismas es divinamente inspirado, nos interesa saber qué significa esta verdad de la plena inspiración. Aunque psicológicamente nunca podremos comprender este misterio y nunca podremos demostrar cómo los diversos autores de la Biblia eran inspirados, podremos sin embargo aclarar en algo esta cuestión si sabemos en qué relación está la revelación con la inspiración. Ambas cosas no son lo mismo. Para aclarar esto podemos comparar las dos con dos círculos concéntricos que no se cubren totalmente. El círculo mayor representa la inspiración, porque toda la Escritura es inspirada. El círculo menor dentro del círculo mayor de la inspiración representa la revelación, porque no todo el contenido de las Sagradas Escrituras es revelado. En la Biblia se describen muchos acontecimientos históricos que son narrados por testigos que para su descripción no necesitaban la revelación. Otros asuntos los sabían por libros que fueron escritos ya antes y cuyo material respectivo lo incorporaban en su propio libro. San Lucas nos cuenta que él se había informado detenidamente por los testigos oculares que estaban con Jesús para asegurarse de que su descripción de la vida del Salvador era exacta y se basaba sobre una información sólida y minuciosa. Pero también aquello que los santos escritores conocían por medios naturales, el Espíritu Santo lo hizo escribir y es tan inspirado como lo que debía ser revelado. Es por eso que en nuestra ilustración el círculo mayor representa la inspiración. Revelado ha sido todo lo que los "santos hombres" no podían saber por propia experiencia o investigación. P. ej. no podían saber de sí mismos el misterio de la salvación hecha por Jesús, por lo tanto el Espíritu Santo lo debía revelar, como afirma San Pablo. "Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo." (Gál. 1:11-12). También les debía revelar a veces lo que en tiempos anteriores era conocido pero que al correr de los tiempos se había perdido.



Adán seguramente tenía un conocimiento bastante amplio de la creación y la caída original, lo que en generaciones posteriores cayó en el olvido. Entonces Dios lo reveló de nuevo a Moisés, el primer gran profeta, y a profetas posteriores, concediéndoles la facultad de ver lo pasado como lo futuro, y en tales casos Dios no solamente les demostró hechos ocultos sino también les dio las palabras para describirlos, como leemos en Is. 59:21: "El Espíritu mío que está sobre ti, y mis palabras que puse en tu boca, no faltarán de tu boca", o en Jer. 1:9: "Me dijo Jehová: He aquí he puesto mis palabras en tu boca." Los textos correspondientes para el Nuevo Testamento ya fueron citados antes. Es pues ya desde este punto de vista inconcebible negar la inspiración verbal.

Es pues insatisfactoria la explicación o teoría de una inspiración personal, es decir que el Espíritu Santo no hizo más que iluminar a los hombres de Dios, o la teoría de una inspiración exclusiva de cosas, es decir que el Espíritu Santo se limitó a facilitar un conocimiento de hechos. La única doctrina posible de la inspiración que concuerda con los textos arriba citados, es la doctrina de la inspiración verbal o inspiración plenaria que significa que el Espíritu Santo proporcionó a los hombres de Dios las palabras y que los impulsó a decir y escribir las respectivas palabras.

Antes de considerar las consecuencias que resultan de la doctrina de la inspiración divina de todas las Escrituras, es decir de la inspiración tanto de lo revelado como de lo que ya era conocido a los hombres de Dios por medios naturales, debemos hablar algo más del modo de la inspiración teniendo en cuenta siempre que no es posible explicar a la razón humana el fenómeno misterioso de la inspiración. Podemos sin embargo corregir algunas interpretaciones equivocadas que frecuentemente se dan a esta doctrina por aquellos que no la comparten. No se trata de una inspiración mecánica o de un dictado, según lo cual los autores de los diversos libros hayan sido simples autómatas que se hayan visto obligados a escribir todos de la misma manera y en el mismo estilo que entonces podría calificarse como el estilo del Espíritu Santo. El Espíritu Santo no suprimió la personalidad de los sagrados autores, sino que se sirvió de todas las facultades mentales, de sus conocimientos adquiridos de un modo natural, de su estilo particular y de su tempe-

ramento. Cada mensaje divino reviste cierto color peculiar por la disposición natural del profeta o evangelista o apóstol que imprime al mensaje su estilo propio y personal. El carácter férreo de las palabras de Amós se explica por el carácter también férreo del hombre Amós. No sólo las *palabras* de Isaías son sublimes, sino que también el *hombre* Isaías es eminente. Jeremías era de naturaleza sensible, y con este carácter concuerdan sus palabras conmovedoras. Debemos apreciar el hecho de que el Espíritu Santo usó la habilidad dialéctica de San Pablo así como la tendencia poética de San Pedro como vehículo de su mensaje; que se sirvió de la dura acusación de Santiago como de la sencillez y del encanto de San Juan. Como un pintor aplica los más diversos colores a su cuadro, o como en un órgano el mismo viento hace vibrar un muy variado conjunto de tubos de muy diferentes registros para producir un armonioso acorde, así el mismo Espíritu hace sonar en la Biblia los más diversos instrumentos para dirigirse a hombres de todos los tiempos y de muy distintas condiciones, y este mismo Espíritu es siempre el Espíritu de la verdad, y porque este Espíritu de Dios y de Cristo no puede errar, también la Sagrada Escritura es infalible. Esto no es una declaración de la razón, sino de la fe que se subordina a los abundantes textos claros de la Biblia de los cuales repetimos los más característicos: "Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo" (2. Ped. 1:21); "Toda la Escritura es inspirada por Dios" (2. Tim. 3:16); "Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo no espiritual" (1. Cor. 2:13).

Actualmente, y también ya en décadas pasadas, muchos teólogos elevan enérgicas protestas contra la infalibilidad de la Biblia; y se afirma que tal infalibilidad no es la consecuencia ineludible que resultaría con absoluta certeza de la inspiración divina. Si los liberales —así dicen— caen a la izquierda del caballo, los ortodoxos caen a la derecha; y si la crítica liberal despedaza a la Biblia en decenas de partes auténticas y no auténticas, esto es tan malo como declarar a la Biblia un libro infalible, lo que también enseñan los mahometanos respecto del Corán. Se nos aconseja no pasar por alto el hecho de que plugo

al Dios eterno vestir su palabra eterna en los pañales y trapos de la insuficiencia terrenal, y la posibilidad humana de errar en las cosas de este mundo. Es significativo y llama nuestra atención cómo la teología siempre de nuevo pone énfasis en la forma humilde (die Knechtsgestalt) de la Escritura.

Para aclarar el lado humano de la Escritura, se compara muchas veces la encarnación de Jesús, su nacimiento como hombre en esta tierra, con el mensaje divino por medio de hombres. Es verdad que hay ciertos puntos de contacto, ciertas analogías entre las dos cosas. El que el majestuoso Dios habla con los hombres y que usa a hombres como sus instrumentos, es una condescendencia de Dios hacia nosotros los pecadores. Dios en su misericordia se inclina a los hombres para entrar en contacto con ellos. Los que intentan demostrarnos que la Biblia por haber sido escrita por hombres está sujeta a los errores humanos, se afanan en persuadirnos a que les sigamos en la siguiente reflexión: Porque Jesús era un verdadero hombre, resulta —así afirman— que también en su modo de pensar estaba sujeto al error; y de esto resultaría además la falibilidad de las Escrituras. Jesús, como hijo de su tiempo y estando imbuido de las opiniones de su tiempo, habría admitido y creído. Que el Pentateuco, los primeros cinco libros de la Biblia, fueron escritos por Moisés, mientras que hoy día se sabe, dicen, que estos libros son la obra de tiempos muy posteriores a Moisés. Jesús todavía habría dicho que Isaías es el autor de los capítulos 40-66 del libro que lleva el nombre de dicho profeta. Si Jesús hubiese vivido en nuestros tiempos, la ciencia le habría abierto los ojos y la argumentación sigue así: si Jesús no lo sabía mejor, o si se adaptó a las opiniones erróneas de su tiempo, en el fondo no importa mucho. Pero tales errores —así quieren tranquilizarnos— no son de mucha importancia, porque no ponen en dudas las grandes realidades de la salvación, la revelación divina para nuestra salvación. Lo que Jesús nos comunicó sobre la voluntad santa y misericordiosa de Dios, esto dicen, no está sujeto al error. Solamente en cosas secundarias podría hablarse de errores. Y como fue con Jesús, así se afirma, es el caso con toda la Sagrada Escritura.

Si nosotros, reaccionando a tales reflexiones, señalamos el pasaje donde Jesús pregunta a sus adversarios: "¿Quién de vo-

sotros me redarguye de pecado?", nos contestan que Jesús no habla de errores sino de pecado, y un error no es un pecado.

Estudiemos entonces algo más detenidamente el contexto de esta palabra de Jesús, Juan 8:45 y 46. Allí el Señor dice en primer lugar: "Y a mí, porque digo la verdad no me creéis", para preguntar después a sus adversarios: "¿Quién de vosotros me redarguye de pecado? pues si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis? El que es de Dios, las palabras de Dios oye." Aquí se confrontan verdad y pecado. La falta de verdad sería pecado. Pero nadie puede acusar a Jesús de tal pecado, porque las palabras de Cristo son palabras de Dios. Él y el Padre son uno. Pero por otro lado el error y el pecado caracterizan al hombre caído y desde su caída es típico e inevitable para el hombre equivocarse y decir la mentira. Por cierto, Cristo era un hombre, pero sin pecado, era lleno de gracia y de verdad. ¿Y quién se atreve a distinguir aquí entre la verdad para la salvación y otras verdades? ¿Quién osaría sostener que solamente debiera pensarse en las verdades espirituales? Nadie tiene el derecho de suponer esto.

Más aún, Cristo afirmó no solamente que él es la verdad, sino también que dice la verdad. En el mismo capítulo reprendió duramente a los judíos diciendo: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira. Y a mí, porque digo la verdad, no me creéis." La palabra de Cristo, aun hablada en su estado de humillación, está muy por encima de cualquier duda, es la verdad; y no es preciso analizar qué parte es verdad y qué parte, como palabra humana, está sujeta al error. Cristo mismo exige que toda su palabra sea aceptada como la pura verdad.

Muy ilustrativa es para nosotros también la posición de San Pablo quien en su defensa ante Félix dijo: "Esto te confieso que según el camino que ellos llaman herejía, así sirvo al Dios de mis padres, *creyendo todas las cosas que en la ley y en los profetas están escritas*". Este mismo apóstol podía afirmar con respecto a sus propias palabras que ahora tenemos en el Nuevo Testamento: "Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Es-

píritu". Y por eso podía dar a sus congregaciones el testimonio de que ellas "recibieron sus palabras no como palabra de hombre, sino, como es en verdad, como la palabra de Dios."

En un informe sinodal de la Iglesia Luterana —Sínodo de Misuri se presenta esta cuestión: "¿Podemos realmente concluir del hecho de que el Espíritu Santo es el inspirador de todas las Sagradas Escrituras, que éstas son infalibles, o se trataría de una conclusión lógica con que sobrepasaríamos lo que las Escrituras afirman de sí mismas? En la teología debemos precavernos de Aristóteles... Pero hay en la teología no solamente conclusiones falsas sino también correctas. Si por ej. del hecho de que Dios ha elegido a algunos para la eterna salvación, Calvino saca la conclusión de que Dios ha creado a los no-elegidos para la condenación, esto es una conclusión equivocada. La conclusión aunque aparentemente lógica, es falsa, porque se opone a las Escrituras, a la gracia universal proclamada por Dios, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y que vengan al conocimiento de la verdad. Si pues un pobre pecador se consuela con que Dios amó al mundo y que envió a su Hijo unigénito, entonces es una conclusión correcta si tal hombre dice: Dios me amó también a mí, a Pérez, porque yo, Pérez, formo parte del mundo amado por Dios. De igual manera no es una conclusión errónea decir: Porque toda la Escritura es inspirada por el Espíritu Santo, por eso no puede equivocarse; porque el Espíritu Santo es el Espíritu de verdad que no puede mentir." Hasta aquí el informe sinodal.

Escuchemos una palabra de Lutero a quien se cita frecuentemente por su supuesta posición liberal con respecto a las Escrituras: "Con esto quiero dar una contestación terminante a aquellos que me acusan de que yo rechazo a todos los hombres santos de la Iglesia. Yo no los rechazo; pero porque cada uno sabe muy bien que a veces se han equivocado como hombres, sólo quiero creerles en tanto que demuestren su opinión con las Escrituras, *las que nunca se han equivocado*. Esto me lo manda San Pablo diciendo en 1. Tes. 5:21: "Examinadlo todo; retened lo bueno." También San Agustín escribe a San Jerónimo: "He aprendido a conceder solamente a los libros que se llaman las Sagradas Escrituras, el honor de creer firmemente que ninguno de sus autores se ha equivocado en parte alguna. Todos los demás libros los leo de modo tal que sólo acepto como ver-

dad lo que dicen si lo comprueban con las Sagradas Escrituras y con clara razón." Por eso se nos exige que nos dirijamos a la Biblia para buscar allá juicio y fallo sobre las obras de todos los maestros, pues solamente ella es el verdadero príncipe y maestro sobre todas las escrituras y doctrinas en la tierra. Si esto no es correcto, ¿para qué entonces nos sirve la Escritura? Entonces podremos rechazarla y contentarnos con libros y doctrinas de hombres."

Aquí Lutero dice claramente que la Escritura no se equivoca. Si se equivocase ¿para qué podría servirnos? Entonces podríamos contentarnos con los libros humanos. Está claro pues que Lutero no quiso saber nada de que Dios haya entrado también en el pecado, que se haya servido del error de los autores bíblicos.

Es cierto, como hemos visto, que Dios no eliminó la particularidad de los autores bíblicos, de un Moisés, de un Isaías, del evangelista Lucas o del apóstol Pablo, sino que las dejó subsistir, las impregnó, inspiró de modo que la palabra de ellos ya no es palabra humana sino divina. Por eso leemos siempre de nuevo: "Así dice el Señor"; y por eso, porque esto es verdad, no podemos admitir la tesis de que el Espíritu Santo se haya rebajado al error de los escritores bíblicos, sino que debemos mantener que la palabra humana ha sido recibida en y por la palabra divina y ha sido compenetrada por lo divino. Sería indigno para un cristiano si frente a los innegables y claros testimonios de la Escritura sobre sí misma quisiese sostener todavía que en la Biblia hay error y verdad mezclados entre sí, porque con tal posición se erigiría en juez que se sobrepone a la Escritura, que se atreve a juzgar en qué parte la Biblia se ha equivocado y en qué ha acertado lo correcto.

Reconocemos que con lo dicho no hemos eliminado todas las dificultades que la Escritura nos presenta. No negamos que a veces nos encontramos con aparentes contradicciones que no podrán ser resueltas en el acto o que tal vez nunca en esta vida hallarán una explicación satisfactoria. Pero tales dificultades no nos quitan nuestra confianza de que las Escrituras son la Palabra de Dios. Pues las Escrituras son la Palabra de Dios no porque podamos demostrar en todos los detalles su infalibilidad, sino que las aceptamos como la infalible Palabra de nues-

tro Dios porque con su testimonio han ganado nuestro corazón.

En la teología moderna también se habla mucho de la Palabra de Dios, pero no en el sentido en que nosotros tratamos de exponerlo en el presente trabajo. El teólogo suizo Karl Barth que goza de gran renombre en Europa como en América, y esto entre las más diversas denominaciones cristianas, dice frecuentemente lo que la Iglesia siempre quiso decir con esta expresión. Con la frase: "La Biblia es la palabra de Dios" Karl Barth y con la frase: "La Biblia es la palabra de Dios" Karl Barth y con él innumerables teólogos y pastores contemporáneos quieren decir que la Biblia o ciertos pasajes de la Biblia se hacen palabra de Dios cuando Dios lo concede, es decir: cuando Dios obra con el mensaje de su palabra en el corazón del hombre, entonces se hace la palabra viva y poderosa que transforma y convierte o consuela al hombre. Y para obtener este fin, Dios puede usar cualquier parte de la Biblia, de modo que toda la Biblia en la mano de Dios puede hacerse palabra de Dios. Pero en sí, como cree Karl Barth, la Biblia no es la palabra de Dios. Así para Karl Barth la frase: "La Biblia es la Palabra de Dios", significa algo muy diferente de lo que la Iglesia ha aceptado generalmente.

Otro teólogo muy influyente en la actualidad es Rudolf Bultmann. Él trata de hacer aceptable la palabra de Dios al hombre moderno quitando a la Biblia todo lo que para la razón humana es un obstáculo. Su método de interpretar los textos bíblicos lo llama él mismo desmitologizar la palabra. "En la suposición de que para el hombre moderno resulta demasiado difícil creer en milagros que ponen fuera de acción las leyes físicas de la naturaleza, creer en el nacimiento virginal de Cristo, en su resurrección y su ascensión, Bultmann dice que hay que librar a los informes bíblicos de su terminología mítica, que la encarnación de Cristo, su expiación en la cruz, su resurrección no son hechos históricos, que realmente no existió la tumba vacía de Cristo en la Pascua; y respecto de lo que San Pablo dice en 1. Cor. 15 que Cristo apareció a Cefas, y después a los doce, y después a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos vivían aún cuando Pablo escribió esto a los Corintios, Bultmann afirma que estos quinientos vieron a Cristo en visiones, así como los profetas tuvieron visiones.

Para Bultmann la fe en el resucitado no es una fe en un hecho histórico, sino la fe en lo invisible. Lo histórico, que según Bultmann no se puede saber concretamente, no es de importancia para la fe. Pero esto es diametralmente opuesto a lo que enseña San Pablo, quien afirma rotundamente: "Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados" (1. Cor. 15:17). Para el apóstol el nacimiento virginal de Jesús, su crucifixión, resurrección y ascensión al cielo son hechos reales e históricos, ocurridos en bien de nosotros y de todos los pecadores, también para aquellos que quedan indiferentes o se escandalizan. Seríamos irresponsables si tratásemos de ayudar al hombre indiferente llevándole como Bultmann un otro evangelio que en realidad no es evangelio. Dios nos conceda la gracia de que con la ayuda del Espíritu Santo, la palabra de Dios, que es la palabra de esperanza para el pecador, la palabra del Salvador crucificado y resucitado sea el firme fundamento para nuestra fe y nuestro claro e inconfundible mensaje para el mundo perdido. Solamente entonces podremos aplicar también nosotros la palabra de Jesús que a la vez es una exhortación y una bienaventurada promesa: "Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (Juan 8:31-32).

F. L.

## ¿Todavía Misión?

Durante una fiesta especial celebrada el 22 de octubre de 1961 en la Iglesia de San Pablo en Francfort del Meno se entregó al filósofo de religión y vicepresidente de la India, Dr. Sarvepali Radhakrishnan, el premio de la Paz instituido por los editores alemanes. Muy significativo era el discurso encomiástico pronunciado en tal oportunidad por el profesor de Marburg Dr. Benz, quien exigió ni más ni menos que la unificación de todas las religiones en una sola, una religión mundial. Ya que el mundo se aproxima rápidamente a su unificación, ya que todas las razas tienen entre sí contactos siempre más estrechos, nosotros no podemos detenernos en la mitad del ca-